

rído en la pelea, y Oudinot, que lo libró del duro aprieto en que se hallaba, sobre Borissóf y el Beresina. Estos, al menos, debían llevar algún refuerzo á sus compatriotas. No obstante, Tchitchagof, por un lado, y Wittgenstein, por otro, eran, dice un autor, como las dos hojas de unas tijeras, prontas á cerrarse y á coger entre sus filos al gran ejército.

Por aquellos días se enteró Napoleón de un hecho ocurrido el mes anterior en París, que vino á demostrarle cuán deleznable era la obra. El general republicano Malet, preso por orden de Napoleón en mil ochocientos ocho y recluso después en un manicomio, alimentaba la esperanza de que una bala enemiga librase un día ú otro á Francia del Emperador y del Imperio. Fijo en esta idea, urdió una conjuración desde su mismo encierro, del cual se evadió el veintidós de Octubre por la noche, se le unieron otros conspiradores; vistióse el uniforme de general, y, provisto de un papel que anunciaba la muerte de Napoleón en Moscou y de un falso decreto del Senado restableciendo la república, logró arrastrar consigo á la décima cohorte de la guardia nacional. Puso en seguida en libertad á otros dos generales presos, Lahorie y Guidal; detuvo á Savary y al prefecto de policía, derribó de un pistoletazo á Hulin, comandante de París, y pudo creerse durante un momento dueño de la situación. Sin embargo, un oficial de Estado Mayor reconoce á Malet y llama á un oficial de policía, el cual pregunta al general que cómo se ha escapado de su prisión y le manda atar, en presencia de la décima cohorte, vacilante y estupefacta. A los siete días era fusilado Malet, con doce de sus cómplices.

El doce de Noviembre, se encontró reunido el Gran Ejército en Smolensko, no sin haber experimentado nuevos desastres. El virrey Eugenio, que avanzaba por el flanco derecho, se vió detenido en una rampa helada, que los caballos, faltos de herraduras apropiadas, no pudieron subir, siendo menester inutilizar todas las piezas de doce y muchos carruajes. Después, en el paso del Vop, parte de los soldados se cayeron al río, á causa de no estar terminados los puentes. Napoleón y sus tropas esperaban encontrar á Smolensko abundantemente abastecida. La decepción que experimentaron fué completa. Los almacenes estaban vacíos ó poco menos. Habiéndose echado encima prematuramente el invierno, interrumpiendo la navegación de los ríos, casi todas las provisiones se hallaban en Minsk, Wilna y Kovno. En Smolensko descansó Napoleón dos días, y allí supo que la brigada de Augereau, fuerte de dos mil hombres, acababa de tropezarse con el ejército ruso y había sido aniquilada. Antes de salir de dicha ciudad, quemáronse los carruajes, por carecer de bestias de arrastre, y se abandonó á los heridos, así como á las mujeres que seguían á las tropas desde Moscou.

Cuando el día catorce, por la mañana, dejó Napoleón á Smolensko, el termómetro marcaba veinticinco ó veintiseis grados-centígrados bajo cero. Desde entonces, aun fueron más numerosas las pérdidas: la ruta iba quedando sembrada de cadáveres, que pronto cubría la nieve. El diez y seis, Napoleón, que, como sabemos, marchaba á la ca-

beza, entró en Krasnoé. Kutuzof; que había seguido á su enemigo desde Viazma, dejó pasar á la guardia, pero hizo en seguida que Miloradovitch se interpusiese entre ella y las tropas del virrey Eugenio, el cual se esforzó vanamente en abrirse paso. Un emisario de Kutuzof le intimó á rendirse, diciéndole que también Napoleón había sido derrotado. Eugenio se negó á capitular, y continuó el cañoneo. Al fin, la guardia, enviada por Napoleón, cargó á la bayoneta á los soldados de Miloradovitch y se restableció la interrumpida comunicación entre el Emperador y Eugenio, si bien éste tuvo que entregar á la saña del enemigo la división Broussier. Al día siguiente, fué atacado Davout en el mismo sitio: su cuerpo de ejército no pasaba de nueve mil hombres y carecía de artillería: el bravo mariscal no se arredró; recogió los restos de la división Broussier, reducida de tres mil hombres á cuatrocientos, y mandó cargar á la bayoneta: intervino de nuevo la guardia; la acción prolongóse todo el día, y, al fin, Davout entró en Krasnoé. Napoleón había ya salido de esta ciudad, y Davout, haciéndose fuerte en ella, la mantuvo contra los ataques de todo el ejército ruso, no desalojándola sino por orden del Emperador. Había perdido cinco mil hombres entre muertos y heridos, y dejado atrás seis ú ocho mil rezagados. A Davout seguía Ney, el cual también recibió el asalto de Miloradovitch el día diez y ocho, al llegar al punto donde fueran acometidos sus dos inmediatos predecesores. Los rusos lo envolvieron y le intimaron la rendición, como á Eugenio; mas no era Ney hombre capaz de capitular; batióse denodadamente, desde por la mañana hasta el oscurecer, y aprovechando las sombras de la noche, cruzó el Dnieper por encima de la capa de hielo, aun frágil, que lo cubría, y el veinte se incorporaba en Orca al grueso del ejército: sus bajas habían sido cuatro mil ochocientos hombres de seis mil que capitaneaba. Recontado el Gran Ejército en Orca, se vió que no constaba ya sino de veinticuatro mil hombres útiles y veinticinco mil rezagados. Desde Moscou iban perdidos más de cincuenta mil individuos, cuatrocientos cañones, cinco mil carruajes y el material de seis puentes.

En Orca hubo la fortuna de encontrar los puentes intactos y víveres en abundancia. Roberto Wilson, que acompañaba á Kutuzof, estaba asombrado de la pasividad del generalísimo ruso, el cual no hacía nada para precipitar el desenlace; pero el ejército moscovita había sufrido casi tanto como el francés, á causa de la inclemencia del tiempo y de las privaciones, no excediendo á la sazón de treinta mil hombres, cuando al principio tenía setenta mil, y Kutuzof, á diferencia de Napoleón, se mostraba avaro de la sangre de sus soldados. En Orca se detuvieron dos días los fugitivos, debiendo apresurarse á proseguir su marcha, por las malas nuevas recibidas del sud y del norte. En Czéria se incorporaron al Emperador Oudinot y Víctor, que llevaban caballería y aun coraceros.

El Beresina y, sobre todo, el puente de Borissóf se habían convertido en punto de reunión de los restos de todos los ejércitos franceses; también allí iban á coincidir Kutuzof, que venía del oriente, picando los talones á Napoleón, Wittgenstein, que llegaba del norte,

por la orilla izquierda del río, y Tchitchagof, que acudía del sud, por la orilla derecha. Juntos los rusos serían cien mil; los franceses, no más de treinta y seis mil. Si éstos no cruzaban á escape el Beresina, se presentaba como inevitable su total destrucción: era cuestión de horas. A pesar de lo mucho que apremiaba el tiempo, hubo que discutir por dónde sería más fácil el paso, descubriéndose al cabo un vado en Studienka, en que podía tenderse puentes sin ser molestados por el enemigo, que había cortado el de madera de Borissof. Como el material para construirlos había sido abandonado, hubo que colocar tabloncillos sobre caballetes. El general Eblé y sus pontoneros trabajaron durante los días veinticinco y veintiséis, sin exceptuar la noche intermedia, levantando dos puentes, uno destinado á los peatones y otro á los carros; habiéndose roto el segundo, Eblé y sus soldados estuvieron metidos en el río, con el agua helada hasta la cintura, para reparar sus desperfectos; ninguno de ellos debía sobrevivir mucho tiempo á este acto de heroica abnegación.

El veintiséis por la tarde, pasó al otro lado del Beresina Oudinot, con nueve mil hombres y dos cañones; el veintisiete por la mañana, Napoleón, con la guardia; en seguida, Ney, y, detrás, Davout. El mismo día veintisiete por la tarde, los franceses tuvieron que hacer frente á los tres ejércitos rusos. Tchitchagof, en la orilla derecha, y Kutuzof y Wittgenstein, en la izquierda, los empujaban al río. Contra Tchitchagof, pelearon Napoleón y las tropas que ya habían atravesado el Beresina; contra los otros dos generales rusos, Víctor con los polacos, los holandeses, los badeneses y la división francesa *Partuneaux*. Esta última encargada de proteger el paso de las demás tropas de Víctor, cumplió bien su cometido; pero á la mañana siguiente, era envuelta y acuchillada por los rusos. El citado día veintiocho, mientras esto ocurría en la ribera izquierda, en la opuesta, Tchitchagof, que había restaurado el puente de Borissof la noche precedente y pasado por él, atacaba, con veintinueve mil soldados, á Ney y Oudinot que no disponía sino de nueve mil: los franceses se batieron como leones: herido Oudinot, Ney asumió el mando de todas las fuerzas y dió una tremenda carga á sus contrarios con los coraceros, matándoles ó hiriendoles seis mil hombres. Los restos del Gran Ejército, convertidos en un puñado de seres desesperados, famélicos, euflaquecidos, harapientos, habían contenido á los ejércitos moscovitas, muy superiores en número, y causádoles catorce mil bajas en los dos días. Los honores de las sangrientas jornadas del Beresina corresponden casi exclusivamente á los extranjeros, que constituían como las tres cuartas partes del ejército napoleónico. De las dos divisiones de Víctor, una era polaca y otra alemana, siendo también de esta nacionalidad su caballería; en el tercer cuerpo, ó sea, el de Ney, no figuraban más que trescientos franceses, entre ellos muchos oficiales, á quienes se había armado de fusiles, siendo los demás polacos; de estos se componía también en su totalidad una de las divisiones de Oudinot, y otra, de las cuatro que tenía á sus órdenes, de suizos y croatas: sólo las

dos restantes eran francesas. El veintinueve por la mañana, Eblé incendió los dos puentes construidos sobre el Bersina, y entonces la margen izquierda, donde se encontraban multitud de personas indefensas, fué teatro de una escena desgarradora. Hombres, mujeres y niños prorrumpieron en gritos de desesperación; algunos se lanzaron á la capa de hielo, formada entre los dos puentes, que se hundió sepultando en las aguas á muchos infelices; otros trataron de pasar los puentes, que ardían; no pocos quisieron ganar á nado el lado opuesto. A las nueve se presentaron los cosacos, haciendo prisioneros á más de cuatro mil desgraciados, de todos sexos y edades.

Napoleón, considerando perdido su ejército, escribió el referido día veintinueve al duque de Bassano, que se hallaba en Wilna: «El ejército es numeroso, más está indisciplinado y desmoralizado hasta lo sumo. El frío y el hambre le han puesto desconocido. Nos dirigimos á esa población, ¿podréis socorrernos? ¡víveres, víveres, víveres! De lo contrario, no habrá horror que esa ciudad no haya de temer de estas disueltas tropas. Este ejército podrá reorganizarse detrás del Niemen. Tales como están las cosas, tal vez crea necesario para Francia, para el Imperio y para el mismo ejército mi presencia en París.» Esta fué la resolución que adoptó en breve. Daroc le dijo al verle dispuesto á marchar: «Vuestra partida envuelve la pérdida del ejército.» Inútil reflexión: como en Egipto, lo interesante era huir del peligro: los demás que se las arreglasen como pudieran. En el Boletín vigésimo nono, redactado en Molodeczno el tres de Diciembre, después de pintar con vivos colores lo sucedido, decía: «S. M. nunca se ha sentido mejor». ¡Buen consuelo para los centenares de miles de personas que habían perdido la vida, la salud ó la libertad, dejando sumidos en la desesperación á millones de seres amados! Napoleón quería ir á París, á fin de disponer nuevos armamentos antes que Europa conociese el desastre en toda su magna extensión y horripilante desnudez. En su consecuencia, el cinco de Diciembre reunió en consejo á Eugenio, Murat, Berthier y los mariscales, en Smorgoni; les comunicó su decisión, y confiando el mando del ejército á Murat, partió en trineo para Varsovia, de donde debía trasladarse sin perder momento á Francia. Antes de llegar á Varsovia, estuvo á punto de caer en manos del jefe de partida Sesslavine.

El ejército, que ya se veía reducido á doce mil combatientes, continuó su triste peregrinación á través de la Lithuania, diezmado aún por fríos tan intensos que, el seis de Diciembre, arrancaron lágrimas de sangre á los hombres más fuertes: el termómetro marcó aquel día treinta y seis grados centígrados bajo cero. Sin embargo, existía la esperanza de que tropas de refresco prestasen pronto auxilio y apoyo á los desventurados. En Wilna, efectivamente, estaban Loison, con nueve mil franceses, y Franceschi y Couhard, con siete ú ocho mil polacos, italianos y alemanes; en otras guarniciones de la Lithuania, había repartido seis mil hombres; contábase, además, con quince mil sajones, de Reynier, y veinticinco mil austriacos, de Schwartzemberg, que acababan de derro-